

Emilio Torres Gallego *

Las elecciones francesas. La catástrofe de la izquierda.

"Un pays sans gauche, c'est une industrie sans laboratoire de recherche". -- Roger PRIOURET. -- L'EXPRESS, nom. 934.

Las últimas elecciones presidenciales francesas han confirmado de manera clamorosa el declive, previsto de antemano, de la izquierda no comunista. No ha constituido sorpresa, en realidad, el escaso número de votos obtenidos por la candidatura de DEFFERRE y MENDES FRANCE. Cualquier mediano observador de la política francesa podría haber previsto, con seguridad de acierto, una derrota total de los dos hombres que venían, con una enorme dosis de buena voluntad, a buscar y a tratar de encontrar una alternativa al gaullismo, que permitiera mantener la esperanza —aunque no tuviera, tal esperanza, grandes fundamentos— de iniciar un futuro gran partido de izquierdas que asegurara una solución de recambio en el momento en que el gaullismo hubiese consumido en la acción de gobierno todas sus energías, o bien la dinámica de la política francesa exigiera un cambio en el partido gobernante.

Las esperanzas de DEFFERRE y de MENDES FRANCE no han tenido la más ligera confirmación en la práctica y Francia se encuentra, ahora, abocada a una situación sin salida, pues no existe para el país, en contra de la opinión de Malraux, el gran dilema comunismo o gaullismo, puesto que el Partido Comunista francés, si ha demostrado que es el más numeroso de los Partidos de izquierda, ha demostrado, igualmente, los límites de su fortaleza y las escasas posibilidades de que en el futuro pueda contarse con él como instrumento activo de Gobierno, ni siquiera de transformación social, no siendo que ésta llegue por la vía revolucionaria. Y aún esto habría que ponerlo en tela de juicio, después de la actitud adoptada por el Partido con ocasión de los sucesos de mayo de 1968. No puede olvidarse, tampoco, que sea cual sea su grado de independencia, el Partido Comunista de cualquier país occidental es difícil que pueda representar nunca una alternativa viable para sustituir a los partidos en el Poder; en efecto, muchas de las condicionantes tradicio-

(*) Abogado.

E. TORRES GALLEGO

nales de los Partidos comunistas siguen siendo válidas —en sus limitaciones— en el día de hoy, como justamente ha demostrado la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de Francia, pues era obvio que, dando la consigna de abstención, el Partido comunista inclinaba, necesariamente la balanza al lado de Pompidou, puesto que dado el resultado obtenido por los dos candidatos supervivientes, POHER hubiera necesitado todos los votos comunistas, para, conservando lo que ya había obtenido, tratar de vencer a Pompidou el pasado día 15.

Una vez que el Partido Comunista —por razones más de orden internacional que de política interior— dio la orden de abstención, las posibilidades de Poher estaban en razón inversa a cómo se siguiera la consigna. A estos efectos es altamente significativa la noticia aparecida en *L'Express* la semana del 2 al 8 de junio, en la que al dar cuenta de la firma, en Moscú, de un tratado comercial franco-soviético se aclaraba que “no sería aplicado —precisaron cuidadosamente los soviéticos— más que en el caso de que el antiguo Primer ministro del general De Gaulle fuera elegido”. Pero, aun cuando de gran importancia, la anécdota comunista es, en definitiva, una faceta secundaria y marginal del gran problema, que merece la pena estudiarse y que vamos a tratar de centrar, del fracaso total de la izquierda no comunista.

Decíamos al principio que tal fracaso no puede considerarse en modo alguno como una sorpresa. Y no lo es. Desde que terminó la segunda guerra mundial la izquierda francesa inició una rápida decadencia y la curva de descenso de su clientela electoral no ha cesado de acusar una baja constante y reiterada sin casi signos positivos. No hay más que repasar el porcentaje de votantes que han confiado en los hombres de izquierda en cada una de las ocasiones en que han sido consultados los franceses, para comprobar esta constante disminución de votos. En 1956 obtuvo el 30,27 por 100 de los votos; en 1958, el 23,8 por 100; en 1962, el 20,21 por 100; el 20,38 por 100 en 1967 y el 17,23 por 100 en junio de 1968. Como puede observarse por la lectura de los datos que preceden, únicamente en 1967 se detuvo momentáneamente la incontenible cuesta abajo de los resultados electorales de la Izquierda en Francia...

LAS RAICES DEL FRACASO

Ante este hecho de clara influencia en el conjunto de la política francesa, cabe preguntarse qué conclusión es lícito deducir de esta crisis tan acusada y hasta, si es posible, presumiblemente posible, tratar de investigar las causas del fenómeno y sus probables consecuencias futuras. No hace falta decir que lo que juzgamos más interesante de estos estudios es precisamente la proyección futura —para Francia y para el mundo occidental— de ese continuado descenso de los votos de izquierda. Se han aventurado muchas hipótesis que tratan de justificar con discutible fundamento, el incuestionable hecho. Se ha afirmado, por ejemplo, que el voto de la mujer ha contribuido decisivamente a que la izquierda haya ido perdiendo su electorado. No parece una razón muy convincente, porque no se ve por qué la mujer ha de votar necesariamente en contra de la izquierda. Además, esto, si explica los porcentajes, no explicaría, sin embargo, la pérdida absoluta de votos en dos elecciones tan próximas como las de junio de 1968 y la de junio de 1969. Tampoco explicaría muy satisfactoriamente el simultáneo fracaso de De Gaulle en su referéndum y el de la izquierda en las elecciones.

LA CATASTROFE DE LA IZQUIERDA FRANCESA

Las causas tienen que ser de mucha más profundidad y afectan, a nuestro juicio, no sólo a Francia, sino a todo el mundo occidental. En principio, casi puede afirmarse que los hombres de izquierda que una vez fueron la vanguardia en las clases intelectuales y políticas en los países europeos y Estados Unidos han quedado hoy superados por una serie de fenómenos y transformaciones socio-económicas que no habían previsto y a los que no se han sabido adaptar. Quizás sea precisamente esto: un problema de adaptación. Por ejemplo, Mendes France era considerado como el gran motor de la gran izquierda francesa; sin embargo, el hombre ha sido en todo momento realista y de sus declaraciones anteriores y posteriores a la derrota no han podido deducirse nunca acentos triunfalistas ni exagerada confianza en sus propias fuerzas; en cambio, sí puede afirmarse que no hizo ni una sola concesión a una demagogia que se adivinaba que iba a ser, en todo caso, completamente gratuita, puesto que sus posibilidades de triunfo eran, desde el principio, escasas. Quizás analizando al personaje podamos llegar al fondo de las ideas y a la explicación profunda que, sin duda de ningún género, ha de tener la derrota de su candidatura.

Nada mejor para analizar a un hombre que el examen de su obra. En el caso de Mendes France su actuación política es bien destacada y sus resultados, al frente del Gobierno o en cargos ministeriales, han sido siempre notables; ha sido, como todos los grandes hombres, ardentemente defendido y encarnizadamente atacado; sin embargo, y desde el punto de vista de Francia, pocas dudas pueden haber de que su vida pública estuvo siempre presidida —con mayor o menor acierto, que no es a nosotros a quienes corresponde juzgarlo— por una gran inteligencia, una firme decisión y una pasión de servir a su país. En cuanto a su otra obra, la que está en íntima relación con la política, pero no es política activa, sino política teórica, está contenida en dos libros principales: *La République Moderne*, publicada en 1962, y *Pour Préparer L'Avenir*, que es un conjunto de declaraciones que fueron hechas por el autor con motivo de la campaña electoral de 1968 en Grenoble. Por ambos libros puede llegarse a la conclusión de que el pensamiento de P. M. F., como el de tantos otros hombres de la izquierda de Francia y del mundo, sale rara vez de los supuestos teóricos para enfrentarse con una realidad que dista bastante de ese mundo ideal construido casi en el laboratorio, y que en muchos casos podrá confundirse con el mundo idílico de que nos hablaba Juan Jacobo cuando consideraba que el hombre solo se había pervertido por su integración en la sociedad con los demás hombres. Defecto universal de la izquierda de todos los tiempos que ha sido su falta de pragmatismo; la aspiración a metas tan ideales y tan distantes que parecen obras sobrehumanas; la formulación de principios tan abstractos y tan lejanos de la realidad que dan la sensación de mañanas teóricos y quiméricos que están destinados a ser siempre futuro.

En el momento en que se escribe este artículo, el otro gran hombre de la izquierda francesa, François Mitterrand, está a punto de publicar un libro: *Ma part de vérité*. Todavía no ha aparecido —lo hará la semana que viene—, pero no parece que el contenido de este libro haga variar mucho estos juicios sobre una de las características más distintivas de la izquierda de siempre, la que es su grandeza y su miseria a la vez; la que permite las mayores esperanzas y la que produce más grandes decepciones: la notable dificultad, casi patológica, con que ha tropezado siempre para imponer sus esperanzas desde el poder.

ENTRE EL LABORATORIO Y LA ACCION, EL VACIO

Si a esto se añade que el hombre honestamente de izquierda siente aversión a la componenda —a eso que se llama la “vida práctica”— se comprenden las grandes frustraciones que explican muchas cosas. Benavente dijo: “diferencia entre el pensamiento y la acción; entre lo anhelado y las fuerzas para conseguirlo..., inmenso abismo que sólo salva una voluntad firme”. Cito de memoria y no sé si la frase concluía ahí o si era de ese tenor literal; era, ciertamente, de ese sentido.

Pues bien; eso mismo podría decirse de la izquierda, con la diferencia de que ese abismo no le ha salvado nunca o casi nunca y que cuando lo ha salvado ha dejado de ser izquierda, como está ocurriendo hoy en Inglaterra, donde muy agudamente se ha dicho —creo que por un periodista español— que es un país en el que serán posibles los Gobiernos conservadores, mientras exista la seguridad de que después ha de venir un Gobierno laborista dispuesto a imponer la política de restricciones a que obligan las fantasías conservadoras. Y así viene ocurriendo en casi todo el mundo occidental, con la posible excepción de los países bálticos, en los que el socialismo gobierna desde hace treinta años, sin que parezca acusarse ningún deseo de cambio. Únicamente cuando la izquierda es capaz de saltar del laboratorio a la calle con un programa imaginativo y al mismo tiempo práctico; cuando es capaz de poner en marcha ese conjunto de ideales inconcretos y de afirmaciones de fe en que suele consistir cualquier programa de izquierda, obtiene resultados notables que casi siempre se esterilizan por una u otra razón aparentes que obedecen a una lógica implacable: la resistencia al cambio que más que saberse se presiente o se intuye que se va a producir. Y al decir esto pensaba en los KENNEDY, en América, y en la enorme carga de ilusión que se encerraba en la frase de La Nueva Frontera con que el Presidente, el día de su toma de posesión movilizaba a toda la juventud americana e ilusiónaba a mucha de la juventud del mundo que esperaba algo trascendental de ese hombre de la nueva generación que enseñaba un nuevo camino lleno de sacrificios y promesas —que ambas cosas suelen ir siempre juntas si tienen consistencia unas y otras.

EL CAOS DE MAYO 1968

Y volviendo a la izquierda francesa y a sus hombres es preciso detenerse en mayo y junio de 1968. Con la perspectiva de un año puede afirmarse ya, sin temor a ser desmentido, que los hombres de la izquierda —y no sólo la no comunista— no llegaron a entender el significado de aquella revuelta; se apresuraron a hacerse cargo prematuramente de un Poder que todavía estaba ocupado, no abandonado, y perdieron todo o casi todo su ascendiente en la masa electoral, bien que por diversos motivos. A este respecto hay una frase de Pierre Mendes France que refleja todo el gran drama de la izquierda francesa. La frase es la siguiente: “*Les hommes de gauche n'étaient pas préparés à une telle situation.* (Se refería a los sucesos de mayo.)

Si el más caracterizado dirigente de la izquierda no comunista admite que, a pesar de todo, fue sorprendido por los acontecimientos, tan sorprendido como el propio Gobierno y hasta como el propio Partido Comunista, todas las especulaciones que se hagan *a posteriori* sobre la pobre actuación de la clase dirigente de izquierdas en aquellos días es pura me-

tafísica. Está, en efecto, en la condición misma de las cosas que la derecha sepa aprovechar en su beneficio los momentos de confusión y desorientación que siguen a una revolución frustrada y está también dentro de la esencia de las cosas que la izquierda sea desbordada fácilmente por los acontecimientos cuando una tal situación se produce.

En realidad, si examinamos los hechos con fría y desapasionada objetividad, es tan mínima la posibilidad de poder aprovechar un tal desbordamiento de las energías populares como la de tratar de contener una inundación con sacos de papel. Por otra parte, eran, como suele suceder en tales ocasiones, tan distintas y aun contrapuestas las fuerzas que en mayor o menor grado intervinieron en los sucesos de mayo que resulta milagroso, aún hoy, encontrar un mínimo de coherencia y organización.

Los historiadores difícilmente podrán poner orden cuando traten de analizar las causas, los orígenes y los motores de la Revolución de mayo. Véase el catálogo de las Organizaciones más o menos formales que más o menos activamente intervinieron: El Movimiento de 22 de marzo —que tuvo su origen en la Universidad de Nanterre y su cabeza visible en Cohn Bendit; «Asociación de amistad franco-china»; «Association pour les Loisirs et les échanges de la jeunesse»; «Centre de Etude, de Recherche et de Education Socialista (CERES)»; «Centre Marxiste Léniniste de France»; «Comité de Liaison Pour L'Unité et le Renouveau Socialiste»; «Etudiants Socialistes Unifiés (E. S. U.)»; «Federation des Etudiants Revolutionnaires (F. E. R.)»; «Federation des Jeunesses Revolutionnaires»; «Front Universitaire Antifasciste (F. U. A.)»; «Jeuneusses Communistes Revolutionnaires (J. C. R.)»; «Mouvement d'Action Universitaire (M. A. U.)»; «Organisation Communiste Internationaliste»; «Parti Comunista Internationaliste (P. C. I.)»; «Parti Communiste-Marxiste-Leniniste de France (P. C. M. L. F.)»; «Parti Communiste Revolutionnaire»; «Parti Socialiste Unifié (P. S. U.)»; «Syndicat National de l'enseignement superieur (S. N. E. Sup)»; «Union de la Jeunesse Communiste-Marxiste-Leniniste (U. J. C. M. L.)»; «Union de Clubs pour le Renouveau de la Gauche»; «Union de Groupes et Clubs socialistes»; «Union Nationale des Etudiants de France (U. N. E. F.)». Además de estos grupos y aparte de las tres grandes sindicales —C. F. D. T., C. G. T. y F. O.—, hay que contar los anarquistas, el Partido comunista francés, el Partido socialista y la Federación de Izquierdas. Un total, más o menos, de 25 Organizaciones de distinto significado y de alcance diferente, variables en su táctica, en sus objetivos, en sus propósitos y en sus procedimientos.

Ante esta cantidad de organizaciones tan heterogéneas no es de sorprender que las fuerzas de derechas se rehicieran rápidamente alrededor del General De Gaulle y triunfaran en las elecciones de junio de 1968, porque contra la temeraria afirmación de Cohn Bendit de que la revolución rusa no la había hecho el Partido comunista ni los revolucionarios profesionales, la enseñanza inexorable de la Historia demuestra que al final siempre han sido condenados a muerte airada y violenta —la misma que le había profetizado para la sociedad de consumo— todos esos movimientos inorgánicos cuyo denominador común es anti-algo y a favor de nada. A menos que, desde dentro de esos propios grupos se alce alguno con más fuerza, con más sentido de la realidad y con mayor disciplina, es evidente que las tentativas revolucionarias dispersas están condenadas de antemano a disolverse en puro nihilismo. Lo más lamentable no es que estén condenadas, sino que hacen el futuro más difícil para los hombres de la izquierda, sobre todo en una sociedad como la actual,

que está gravemente influida por el conservadurismo latente en todas las clases sociales.

Consecuencia de este desorden ideológico y de este caos de organizaciones diversas de mayo, es el triunfo de De Gaulle y el subsiguiente de Pompidou, porque la derecha ya no necesitaba para nada a De Gaulle y hasta es muy posible que también el propio De Gaulle quisiera afirmar su continuidad retirándose a tiempo —cosa ésta que probablemente nunca se sabrá, pero que encaja en los rasgos del personaje— de asegurar la elección de su continuador, aunque urja aclarar que, a nuestro juicio, el gaullismo sufrirá grandes cambios. ¿Cómo se presentó la izquierda a estas últimas elecciones? Con su invariable desunión; con su individualismo feroz, con su programa de maravillosas promesas, pero de escasa consistencia inmediata: todos divididos y todos en posesión de la verdad. Dice Sánchez Albornoz que una vez pusieron los moros sitio a un castillo en los alrededores de Salamanca y que cuando el tal castillo enarboló la blanca bandera de la rendición el cabecilla moro preguntó a los sitiados: “¿Quién es vuestro caudillo?” Y los sitiados respondieron: “Aquí cada uno es caudillo de su cabeza”. Esta misma respuesta podría haberse recogido en los Partidos de la izquierda francesa no comunista. Cada uno ha sido el caudillo de su cabeza; con tal bagaje no es extraño que los resultados hayan sido menos que mediocres.

LA DEL BIENESTAR, UNA SOCIEDAD NO AVENTURERA Y CONSERVADORA

Pero este examen está hecho desde la masa dirigente. ¿Acaso presenta otro aspecto la masa dirigida? ¿Puede culparse a los dirigentes de la izquierda del desastre? Tales desastres suelen tener siempre varios responsables. Sin duda que también la estructura social tiene mucho que ver con la catástrofe. En las sociedades occidentales —que han llegado o están llegando al máximo de comodidades y de posibilidades de vida material— puede observarse un apoliticismo cada vez mayor. Se trata de obtener y conservar las ventajas de orden material; se trata de poder tener una mínima seguridad en el futuro; se trata de disfrutar en paz de lo que uno ha ido adquiriendo. Pero no hay que cargarle todo este tétrico cuadro a la sociedad actual. Al fin y al cabo, en el mundo todos venimos de alguna parte y vamos a alguna parte: nadie permanece estático y nadie está aquí por generación espontánea, y si esto es cierto hablando del individuo, también lo es hablando de la sociedad, que es, en definitiva, algo más que una suma de individuos. Están ya lejos los tiempos en que Marx y el comunismo oficial hablaban de las superestructuras y de la necesidad de ir suprimiéndolas por ser símbolo de opresión: el Estado, el derecho, la Justicia, etc., etc. Pero... en una estructura social que ha sufrido en una misma generación dos grandes guerras, la desaparición de los grandes imperios coloniales, el nacimiento de los grandes imperios de la técnica, el descubrimiento de nuevas armas que convierten la aventura bélica en la última de las aventuras del hombre; en una sociedad que está alcanzando grandes niveles de bienestar físico, no parece muy oportuno hablar de cataclismo o guerras o Revoluciones en forma de cambios violentos de las estructuras.

Decía una obra de teatro de un autor español contemporáneo, ya fallecido, dando consejos a un predicador, “cuando prediques en Sevilla del infierno di que es el fuego eterno y cuando lo hagas en Burgos descríbelo

como el hielo mismo, porque si dices que es caliente todos querrán ir para resarcirse del frío que pasan durante toda su vida mortal". Más o menos esto viene a suceder en la Europa Occidental; la izquierda es el cambio, la inquietud, el incierto, acaso glorioso porvenir, la protesta activa contra la injusticia. La derecha es la tranquilidad, la exaltación de grandezas pasadas y el mínimo sobresalto. A un país, a un continente que ha estado en guerra constante, no puede hablársele de la inseguridad porque encontrará que esta inseguridad es el infierno que hay que evitar, o pensará, como dijo Sartre, que el infierno son los otros, lo que aumentará su egoísmo. Esta feroz muestra de insolidaridad es la que asegura para el futuro la pervivencia de la derecha en el mundo, empezando por Nixon y terminando por Breznev; que también en Rusia desean la continuidad y el orden.

Hay un libro muy interesante, de Sigmund Neumam, publicado por *The University of Chicago Press*, que analiza la génesis y desarrollo de los Partidos políticos en Gran Bretaña, países del *Commonwealth*, Francia, Bélgica, Estados Unidos, la URSS, la Europa oriental, Japón y Alemania.

El capítulo destinado a Francia está escrito por Charles A. Micaud. Contiene un apéndice en el que examina la composición sociológica del electorado de las distintas agrupaciones. Este estudio, que se remonta a 1952, explica muchas cosas. Por ejemplo, el Partido Comunista tiene unos electores estables. La inmensa mayoría son obreros y tiene la menor proporción de votos rurales. El partido socialista era el partido de los funcionarios públicos y en especial de los trabajadores con empleo fijo y estable. El Partido Radical, origen de la mayoría de los hombres de izquierda, era un partido rural nutrido de jubilados, pequeños propietarios rurales, pequeños negociantes, con pocos electores jóvenes —en 1952— y pocas electoras femeninas. Este Partido se escindió en tres después de 1956, mientras que del Partido Socialista se separaba un grupo que constituía uno nuevo, el P. S. U. (Partido Socialista Unificado), porque siempre, naturalmente, los que disgregan pretenden que lo hacen por unir.

Los electorales gaullistas eran de todas las clases sociales y su aglutinante era la figura del General. Pues bien: esta distribución de los efectivos electorales varió sensiblemente en las Presidenciales y explica mejor que cualquier otro fenómeno la derrota del núcleo de izquierdas no comunistas.

De aquella mayoría rural del antiguo Partido Radical ya no quedó nada. Las encuestas daban un 8 por 100 de votos de agricultores a DEFERRE y un 47 por 100 a Pompidou. Las profesiones liberales se inclinaban por Pompidou, en su 56 por 100 (sólo el 8 por 100 por Defferre) y los jubilados, uno de los elementos importantes en la antigua clientela electoral del Partido Radical y del Partido Socialista bascularon de esta forma: el 50 por 100 en favor de Pompidou y sólo el 9 por 100 en favor de la izquierda. Es decir que la disminución constante de votos de la candidatura de izquierda se ha producido por la tradicional ausencia de los jóvenes y el deslizamiento hacia la derecha de la población rural, profesiones liberales y empleados, elementos que habían constituido, en sus tiempos de esplendor, la base fundamental de las Radicales y del S.F.I.O. Como los demás electores han permanecido, en mayor o menor grado, fieles a su propia tradición, es evidente que la izquierda deberá emprender una acción rigurosa y tenaz si realmente piensa en ser la otra solución al monólogo del Partido gaullista. Pero esta tarea no es, ni mucho menos, fácil.

En efecto, la izquierda no comunista cuenta en Francia —según Priouret— con tres tendencias —la más extremista, Krivine, puramente negativa: destruir por destruir y porque la sociedad burguesa no tiene recambio posible; a continuación Rocard, que propugna un nuevo socialismo “menos romántico que mesiánico”, pero con gran audiencia entre los jóvenes burgueses, hijos de papá, universitarios y empleados de menos de cuarenta años—. La izquierda tradicional, que busca incansablemente la unidad incluso con el Partido Comunista y que intenta reconstruir una gran agrupación de fuerzas izquierdistas con programa en cierto modo radical —nacionalizaciones— socializaciones, tal y como se hizo después de la liberación y que representa Mitterrand. Finalmente la llamada por el autor francés izquierda liberal. De nuevo corte europeo, un tanto Kennedyana; de soluciones prudentemente audaces que intentan un cambio en las estructuras y que miran a la Suecia de Erlander y su socialismo. Es la gran derrotada en estas elecciones. ¿Tendrá posibilidades de futuro? Es muy dudoso, sería útil, sería necesario, quizá, pero, al parecer, no es posible.

¿CALLEJON SIN SALIDA?

Aparentemente el problema no tiene fácil solución. Porque ocurre que la izquierda liberal tiene que imponer sus reformas en un Convenio con el Parlamento (Vid. *La République Moderne*); ocurre que tales reformas son de una gran complejidad técnica, por su trascendencia social y fiscal. Y ocurre, finalmente, que para esta misión se requiere vocación, esfuerzo, sacrificio, antidemagogia, frialdad intelectual. Se requieren todas las cualidades que seguramente faltan en una multitud. Y este es el drama insoluble de la izquierda francesa; que necesita el apoyo masivo popular, pero que sus ideas fuerza son elaborados procesos mentales que no es de esperar que calen en la masa electoral. Es peligroso profetizar en política, pero no parece muy aventurado afirmar que el futuro inmediato no va a reparar el incalculable daño que su propia limitación ha impuesto a la izquierda no comunista y con posibilidades de constituir —si tuviera apoyo popular— un gran partido que alternase con el gaullismo, o lo que el gaullismo representa en la gobernación del país. Sería lamentable que esta fácil profecía se cumpliera, porque faltaría en la democracia francesa el gran laboratorio de investigación que en política es, ni más ni menos, el porvenir. El eterno porvenir, al que ningún pueblo puede ni debe renunciar.

(1) Mitterrand, en el libro próximo a aparecer, discrepa de esta clasificación: pero esto es intrascendente, porque cualquiera que sea la denominación que se acepte, la división es evidente.